

Tania Roelens

“Sal de tu tierra... a la tierra que te mostraré”*



ualquier viaje es separación, iniciación y fundación. No hay un hombre, una mujer o un niño que, al dejar su tierra, no esté matizando la nostalgia con algún sueño con el lugar al cual se dirige.

Como Ulises en su travesía de heroicos deberes, de tormentosos encuentros con dioses y demonios, el exiliado corre el riesgo de ser Nadie y tiene que construir en cada momento su identidad. Siempre lo hará con lo que él es profundamente, con su memoria y sus ilusiones; más allá de la supervivencia asegurará un nuevo proyecto para su vida, armado con el legado de sus ancestros, con lo que uno u otro personaje real o ficticio le ha enseñado sobre el viaje y sobre el destino, sobre la pérdida, la separación y el encuentro con lo desconocido.

Quiero decir que cualquiera sean las condiciones del viaje, aún empujado por la miseria, expulsado por la violencia o por el miedo, uno se va a donde lo han llamado y toma la medida de lo que encuentra a partir de las raíces que otrora ha podido echar. Este es el valioso tesoro que cada uno lleva consigo a donde vaya, y por eso es grato recibir al forastero. Sus cuentos, sus experiencias son un poco como una novela; usa otras metáforas, habla de otros ríos, pueblos o montañas, inspira, revela y suscita el deseo de acogerlo, y más aún en el caso de estos extraños que llegan del mismo país, y nos dan acceso, con sus acentos y sus maneras de mover el cuerpo, a una identidad censurada por la historia. Además el extraño ex-

* Génesis 12, 1. *Biblia del peregrino*. Trad. Luis Alonso Schökel, Bilbao: Ediciones Mensajer, 1993.

Texto leído por la autora en el evento *Expedición por el Éxodo*, encuentro polifónico, realizado por el PNUD y Colombia en el Planeta, en Bogotá el 6 de septiembre del año 2002 en la Biblioteca Luis A. Arango.

plora con un ojo distinto la realidad que lo acoge, critica y admira, es disponible e impaciente. Tiene la necesidad urgente de comprender, de aprender, de sentirse útil y agradece a quien lo guíe, quiere trabajar, acelerar el tiempo para hacerse pronto un pasado donde recién llegó. A falta de tierra propia se arraiga con intensidad, se apega a una causa y busca en la fiesta, en la comida, en el canto, en la complicidad el espejismo del reconocimiento que ya no le concede el territorio materno, el consuelo, la memoria del cuerpo, los chistes conocidos y el sueño dulce de la niñez.

Pero en este nuevo andar, hay raíces que hacen tropezar y entregas que se vuelven pesadas dependencias. Cuando pasa el tiempo de la llegada y el viaje se transforma en estadía, el exilio mezcla las ilusiones con los dolores del duelo y de los errores cometidos.

Toda pérdida produce vulnerabilidad; el cuerpo exige, la piel ya no siente como antes, se pierden los caminos de la sexualidad. La risa se reduce apenas a la sonrisa, lo bello se vuelve feo, se dan choques en la forma de saludar, de comer, de expresar los sentimientos, y en medio de tantos desafíos se puede llegar al silencio, a la indiferencia, a enfrascarse en la melancolía o en el orgullo humillado, y pronto se despierta la desconfianza y la duda paranoica. Un hombre privado del oficio que le daba dignidad ya no se sentirá tan viril y se perderá en la violencia de los celos, del resentimiento o del alcohol, o se abandonará a la mendicidad y a la dependencia que desafortunadamente alimentan los programas asistenciales. Para una mujer puede resultar menos difícil, ya que el cuidado de los hijos y los oficios de la casa la obligan a buscar relaciones con los demás. Pero, ¿cómo sostenerse al lado de un compañero derrumbado?

En este camino es preciso detenerse a distinguir lo que ofrece el nuevo lugar en cuanto a la dignidad, el proyecto de vida, la creatividad. Ver, más allá de la confusión del viaje decidido en apuros, cuál es la parte del deseo de dejar aquel territorio perdido de ritos y consuelo, aquella comunidad de origen que quizás habrá tenido que rechazar por motivos personales; cuál es el margen deseado y posible del retorno, a qué lucha colectiva unirse para reconquistar el territorio perdido, para hacerlo presente dentro de lo ajeno, bien sea como memoria viva, parte de una nación engrandecida por su testimonio, bien sea para volver físicamente a él. Sólo con este ejercicio de preguntarse si algo propio, profundo, lo llamó a ir a donde llegó, saldrá transformado, reconocido y digno, y podrá ser de aquí y de allá.

Nosotros que recibimos a los recién llegados, debemos tomar la medida, en nuestra rutina urbana, del esfuerzo profundo que nos corresponde para oírlos, sin acosarlos con indagatorias ni abrumarlos con imposibles promesas, un esfuerzo que nos obliga a desprendernos de los signos que asociamos espontáneamente con ese otro: alguien que viene a quitar algo, un enemigo, un juez, alguien que sobra y estorba; corregir nuestro racismo espontáneo hacia lo diferente y acoger a un semejante más que hace presente una nación que desconocemos, un ser con historia propia; reconocer en él lo que muchas veces en nuestra propia comunidad nos duele y nos impide actuar, esta prevención contra el otro que nos hace, aquí mismo entre nosotros, tan dispersos y poco solidarios, poco aptos para construir un proyecto común, un pacto simbólico para convivir π

